

el señor de Sortais. — ¿Se vuelve friolero, ahora? ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Déjese de simplezas! Saldremos el domingo por la tarde.

— ¡Ni el domingo por la tarde, ni nunca! — gritó furioso el joven, viendo al marido dispuesto á continuar mandándole, después que la mujer acababa de despedirlo. — Entérese de que definitivamente he resuelto no ir á fastidiarme más en Soloña, pescando catarros para la vejez. Galope usted si le gusta, detrás de sus perros; pero yo, con un tiempo como este, y resultando París tan agradable... ¡no me muevo de aquí, que demonio!

— ¡Ah! Pero... ¡no comprendo! ¿Por qué este cambio?

— ¡El hombre absurdo es el que nunca cambia! Buenas noches, mi querido Marqués.

Y se alejó dejando al señor de Sortais estupefacto.

Prontamente tuvo el Marqués la explicación del enigma. Tan luego como volvió á entrar en el palco, le dijo su mujer:

— Aquí ha estado el señor de Roize. Te advierto que es un mentecato, y que lo acabo de mandar á paseo...

— ¿Se ha permitido alguna inconveniencia?... ¡Por eso lo he encontrado tan enfurecido hace un momento!...

— Me harás el obsequio de cortar relaciones con él de aquí en adelante. Creo que no se atreverá á volver á poner los pies en nuestra casa....

— ¿Cómo? ¿Hasta ese extremo? Lo siento. Era un buen compañero.

— Te forjabas muchas ilusiones al juzgarle.

— Lo cierto es que acabo de oírle emitir, acerca de la caza, opiniones que me han asombrado muchísimo. Hablaba como si fuera otro, cuando hace poquísimos tiempo...

La Marquesa no pudo reprimir una sonrisa:

— Lo creo caprichoso.

— Peor para él.

— Esa es mi opinión.

— No volveré á invitarlo.

— A bien que tienes bastantes compañeros.

— Los desatendía por él.

— Pues ahora los atenderás. Dáme el abrigo, y vámonos.

El Marqués se apresuró á obedecer á su esposa. Y así fué cómo, en pocos minutos, quedó decidida la suerte del baroncito de Roize y cómo éste perdió todo motivo para llamar la atención entre la aristocracia parisiense.

El fin de es a semana, señalada por acontecimientos tan notables, resultó verdaderamente decisivo, para la Marquesa. *El Movimiento* apareció, y el número por virtud de afortunadas circunstancias, ofreció conjunto sensacional. Contenía: el relato de un viaje hecho por los mares polares, por el Príncipe de Mónaco; un estudio, acerca del porvenir de la Iglesia, por el arzobispo de Poitiers; el comienzo de una novela de Máximo Gandolfe, y el artículo de Treillard. Bien recomendado, por amigos adictos, el artículo fué citado y reproducido en la prensa mode-

rada. Hubo una segunda campaña de reclamos, hábilmente dirigida por Parisot. El *Figaro*, en primera plana, publicó un " medallón " de la señora de Sortais, y el *Journal* ofreció un pésimo retrato en el cual la poetisa aparecía negra como una africana. Después de las amarguras del desdén, la dama saboreó de nuevo la embriaguez de la apoteosis. Vióse otra vez asediada por los mismos que la habían abandonado. Su gloria resplandeció más brillante en los salones á los cuales favoreció con el prestigio de su presencia. Reconquistó el poder perdido. Al ver que la prensa la elogiaba, nadie volvió á censurarla. Y la crítica desdeñosa de Florisa Barel se juzgó una diatriba, inspirada por la envidia.

Sin embargo, fracasó una nueva tentativa practicada para atraer á Treillard. El literato, invitado á una velada, contestó sencillamente enviando una tarjeta y se abstuvo de asistir. La Marquesa, decidida á no volver á cometer ninguna torpeza que pudiese comprometer su situación de poetisa aristocrática, mostróse muy circunspecta, acechando ocasión que le permitiera atraerse, aun cuando sólo fuese como consejero, al hombre cuyo cariño había rechazado.

El anuncio del estreno de *Malos caminos* apareció en periódicos y en carteles, sin producir, en torno de la obra, corrientes de extraordinaria curiosidad. Los rumores de entre bastidores, eran favorables. El ilustre modisto que vestía á Claudina Nantheuil, había dicho que la comedia estaba muy bien ensayada. Las oficialas del taller de modas de la señora

de Collier, lloraron asistiendo á un ensayo. Pero Treillard era un autor relativamente novel, que no había alcanzado las dulzuras de ver una obra cien noches en el cartel.

Se aguardaba mucho de él; pero sólo se le consideraba como una esperanza. La Marquesa pudo, sin dificultades, conseguir en contaduría, una platea de proscenio. No quiso pedir localidad al autor. Se había trazado resueltamente un plan de conducta. El éxito de la obra influiría de un modo decisivo en la actitud que observaría hacia el escritor. Si la comedia fracasaba, se proponía prescindir de Treillard, cuyo valimiento, en lo que á ella se refería, resultaba nulo. Si el estreno obtenía gran éxito, contaba con que, en la embriaguez del triunfo, Treillard olvidaría los disgustos pasados.

Por su parte, Florisa estaba hondamente emocionada. Comprendía todo lo que iba á jugarse su amigo. Andrés se hallaba en la hora crítica en que se decide la suerte de un literato. Habiendo dado ya suficientes pruebas de talento para que un gran éxito no sorprendiera ni á sus compañeros ni al público, necesitaba, sin embargo, un triunfo ruidoso para que se le considerase consagrado en definitiva. Se hallaba separado de la gran reputación por ese espacio cortísimo que algunos escritores nunca franquean. Aquí estaba la mediocridad, allí la gloria. Florisa, con el cerebro siempre despejado, calculó todas las probabilidades con que contaba su amigo, y para poder darle esos consejos útiles que aseguran la victoria,

asistió á los postreros estudios y trabajos para la representación de la comedia. La víspera del ensayo general, salió del teatro, con Treillard, á las dos de la madrugada, y, en vez de tomar un coche para irse á descansar más pronto, decidió ir á pie. Marchaba pensativa. El autor le dijo:

— Bueno, Florisa ¿ guarda todas las expansiones para los demás? Ha colmado usted de elogios á María Froment, y á mí no me ha dicho ni palabra. ¿ Sólo le satisface la labor de los actores?

— ¡ Oh, no! Al contrario; estoy contentísima del trabajo de usted. Pero no sé cómo formular mi opinión... Es algo tonto lo que tengo que decirle...

— ¡ Dígalo!

— ¡ Bueno! Pues no esperaba tanto de usted.

— Me halaga y me...

— Procuraré explicarme. La comedia que ha escrito, no es la que yo pensaba que podía escribir. Es de forma tan distinta de todo lo que usted ha producido, que necesariamente hay que esperar que produzca sorpresa.

— Si la sorpresa es agradable...

— ¡ En eso estriba todo! La obra se compone de una serie de duos entre un hombre y una mujer. Esos duos están todo lo bien hechos y son todo lo brillantes que pueden ser. Pero ¿ aceptará el público esta forma nueva? Si los dos primeros actos producen buen efecto, si la encantadora psicología de los dos personajes "entra" en los espectadores y les interesa, la obra está salvada. Porque el acto ter-

cero contiene una escena admirable. Pero hay que llegar hasta él. ¡ Ah! Querido amigo! ¡ cuán peligroso resulta apartarse de la vulgaridad!

— Sí. Mas eso hay que tenerlo descontado. En último resultado ¿ cree usted que la obra pueda irse al foso?

— Lo conceptúo imposible. Está llena de elementos excelentes. Las escenas episódicas son brillantísimas.. Hay notas cómicas al lado de la melancolía casi dolorosa de la acción principal. Lo peor que le puede ocurrir á usted, es quedarse en cincuenta representaciones.

— ¡ Ah! — gritó Treillard, con violencia — ¡ No me hace falta eso! No voy buscando un *succès d'estime*. ¡ Cien representaciones ó nada!

— Eso no depende de nosotros — contestó Florisa. — Confiemos en que se realizarán los deseos de usted y que logrará la soñada representación centésima. Buenas noches.

Se separaron. Así pues, pocas horas antes del ensayo general, Florisa y aun el propio autor hallábanse indecisos aún sobre lo que podían esperar de la comedia que iba á darse al público. Ni uno ni otra habían visto claro lo que le aguardaba á Treillard. Ni ella ni él podían presumir el concurso que el capricho del público prestaría á esa combinación de elementos heterogéneos indispensables para un gran éxito teatral. Sin embargo, los indicios que ellos no habían visto, no pasaban inadvertidos para otros. El gordinflón Emilio, jefe de la *claque* del teatro, había

seguido desde la orquesta, con vivo interés, el desarrollo de la obra y había observado los efectos que juzgaba debían subrayarse por los aplausos de su hueste. Era un vividor, muy listo, muy jovial y muy ducho en asuntos teatrales. Parkin, á cuya empresa estaba asociado, sabiendo que era hombre práctico, lo consultaba gustoso. Durante los últimos ensayos, en distintas ocasiones, lo encontró meditabundo y poco expansivo. El empresario, inquieto, le pidió con ahinco su parecer. Pero el jefe de la *claque*, había contestado lacónicamente: “ ¡Está bien ! ”, con expresión que se le antojó á Parkin poco tranquilizadora. ¡ Ah ! — pensó el empresario — ¿ es que ha olfateado un fracaso ? . Y él mismo, sin poderlo remediar, se enfrió, y principió á inquietarse formalmente. Ya no tenía opinión acerca de la comedia, que hasta entonces le pareció excelente. Estaba dispuesto á sufrir la impresión del primero que llegase, aun cuando fuese muy incompetente. Si el peluquero del teatro hubiera dicho que la obra era mala, por mala la hubiese tenido. Atravesaba por ese período de obscuridad, de dudas, de enervamiento, que es conocido de la gente del oficio, y durante el cual la suerte de las obras depende de los azares, de los compromisos y de los arreglos que pueden estropear las mejores producciones.

Parkin pasó la noche rumiando algunas modificaciones que se proponía pedir á Treillard, en cuanto fuera de día. No se atrevió á manifestar el proyecto á María Froment, cuya lealtad artística se hubiera

sublevado contra semejantes procedimientos y que hubiera podido enfadarse seriamente. Además, convenía dejar dormir á la actriz, abrumada por el excesivo trabajo de los últimos ensayos. A las ocho de la mañana, el empresario tomó un carruaje y proporcionó al autor la sorpresa poco agradable de despertarlo, entrándose en la alcoba. Aterrado al ver á Parkin, con el corazón encogido, Treillard se tiró de la cama, se vistió un traje de mañana y, mientras se lavaba, preguntó :

— ¿ Qué sucede ? ¿ Está ardiendo el teatro ?

— ¡ No ! Querido amigo. ¡ No ! Pero se me ha ocurrido una idea para la comedia...

— ¡ Oh ! ¡ Oh ! — gruñó el autor. — Ya es muy tarde para tener ideas...

— ¡ Es que la considero buenísima !

— Veámosla.

Parkin se detuvo, se rascó la nariz y dijo de un tirón :

— Me pregunto si no resultaría conveniente refundir el acto primero y el segundo, en uno solo, y...

No tuvo tiempo para terminar, Treillard, pálido de furor, cayó sobre él, lo cogió por un hombro y zarandeándolo, como á un pelele, le gritó :

— ¿ Se ha vuelto usted loco ? ¡ Cómo ! ¿ Y viene á despertarme para decirme tamaños desatinos ? ¡ Y la víspera del estreno, el mismo día del ensayo general, me propone rehacer una comedia que hasta hoy le pareció á usted excelente ! ¿ Es que pretende burlarse de mí ?

— Pero, amigo mío, reflexione. Durante el trabajo de los ensayos he visto más claro. Efectivamente la comedia me ha parecido siempre buenísima. Pero se me figura que resultaría mejor aún, sí... »

— ¡ Ni una palabra más, sobre el asunto! — rugió Treillard, fuera de tino. — ¡ Le juro que si no se calla inmediatamente, lo arrojé por la escalera abajo!

— Si se pone usted así — exclamó Parkin, muy tieso — haga cuenta de que no he dicho nada. ¡ Sólo me inspiraba el interés de todos!

— ¿ Acaso, en estos instantes, tiene serenidad de ánimo para ver lo que conviene? ¡ Valiente caso hago yo de lo que usted piense!

— Pero permítame...

— ¡ No permito absolutamente nada! La obra se estrenará tal cual quedó ensayada anoche. ¡ Y no se le cambiará ni una sílaba! ¡ Entiéndalo bien! ¡ Ni un punto, ni una coma!

— ¡ Es muy cómodo hablar como está usted hablando! Pero mi teatro... ¡ Caramba! ¡ Yo me juego mi fortuna!

Treillard mostróse grave y frío. Dirigió al empresario una mirada irónica y le dijo:

— Tiene muchísima razón, señor Parkin; usted lo arriesga todo y yo no arriesgo nada. Por eso mismo es muy dueño de jugar ó de no jugar este albur. Así, pues, no estrene mi comedia. Aun estamos á tiempo para retirarla. Váyase al teatro y devuélvame el ejemplar.

— ¡ Está usted rabioso! — gritó Parkin — ¿ Quién habla de eso? ¿ Retirar la comedia? ¡ Nunca! ¡ Jamás! La estrenaré, ocurra lo que ocurra. Sin embargo, insisto en creer que si prevaleciera mi consejo...

— ¡ Un consejo estúpido!

— ¡ Sencillamente un corte y un empalme! ¡ Nadie lo notaría!

— ¡ Cortar un acto entero! ¡ Hubiera quedado un vacío tal que nadie podría comprender una palabra de la obra!

— ¡ Ah! ¡ Todos los autores, al principio, dicen lo mismo! ¡ Y, luego, declaran que se les ha hecho un favor!

— ¡ Eso lo dirán los *vaudevillistas* que usted cultiva!

— ¡ No desprecie á sus colegas!

— Nunca podré despreciarlos tanto como usted. Recuerdo lo que me ha hablado de ellos. Y, por lo que me ha hablado de ellos, adivino lo que hablará de mi.

— ¡ Pero, realmente, me trata usted como á un canalla!

— ¡ Son los actos de usted los que lo juzgan!

— ¡ Muy bien! ¡ Ya puede esperar sentado á que yo le admita otra comedia!

— ¡ Estése tranquilo! ¡ Ya verá las prisas que me daré para volver á estrenar en su teatro! Y si no fuera por la esposa de usted, que es encantadora y que tiene un talento extraordinario... ¿ Qué opina María Froment, del proyecto de refundición?...

Parkin retrocedió con tal brusquedad, ante esta pregunta á quemarropa, que Treillard rompió á reir furiosamente:

— ¡ Ah! ¡ Ah! ¿ No se ha atrevido á decírselo? ¡ Esperaba usted convencerme y llevarle el corte hecho! Pero ¿ cree que iba á aceptarlo? Una artista, como María, comprendiendo lo que había de vulgaridad vergonzosa y de cobardía ruin en la mutilación que se me propone, hubiera sido capaz de tirarle á usted su papel á la cara.

— ¡ Bah! ¡ Bah! ¡ Cállese! — observó el empresario, que se hallaba azorado.

— Pero cuando se entere de lo que usted ha tenido el tupé de pedirme...

— ¡ Ah! Pero toda vez que me lo niega, supongo, al menos, que no irá usted á decírselo...

— ¿ Que no? ¡ Es lo primerito que voy á hacer! ¡ Pues no, que no! ¡ Es preciso que se regocije! ¡ Verá usted qué cara va á poner María!

— ¡ Treillard! ¡ Supongo que no pensará usted divertirse ocasionándome disgustos conyugales!...

— ¡ Usted no debió casarse con una primera actriz guapa y joven!

— ¿ A usted, qué le importa?

— Si, señor; ¡ vaya si me importa! Antes del casamiento, no discurría usted muy á derechas. Después, sólo se le ocurren disparates. ¡ Todo lo supedita al triunfo de su esposa! Me ha sobado usted lindamente para que escribiera cuatro escenas, en las cuales, aún no hace ocho días, la juzgaba inimitable. ¡ Y, ahora,

quiere que suprimamos una! Las cuatro escenas debían mostrar todas las facetas del talento de la artista. ¿ Vamos á quitar una faceta? ¿ Acaso no posee, María, esa faceta? ¡ Ah! Ya se lo explicará usted á la interesada. ¡ No quiero que ignore lo que su marido le preparaba!

— ¡ Vamos! Mi querido amigo Treillard, ¡ no regañemos!

— ¡ Bueno! ¡ Bueno!

— La comedia tal cual es ¡ qué diantre! debe triunfar. Sin duda, el triunfo sería mayor aligerándola como yo proponía. ¿ No estamos conformes? ¡ Pues no hablemos más de ello! Pero haga más justicia al paso que he dado. Sólo me impulsaban deberes de conciencia de director teatral, y deseos de ver á usted alcanzando señalada victoria.

— ¡ Bueno! ¡ Bueno!

— Vamos; se ha acabado. ¿ No me guarda mala voluntad?

— ¡ Al contrario!

— ¡ Ah! ¡ Está usted lleno de rencor!

— ¡ Muchísimas gracias!

— ¿ No le contará usted nada á María?

— ¡ Ahí le duele!

— La haría usted enfermar, y representaría mal. ¡ Vea, pues, lo que hace, por interés propio!

— Estoy enterado.

— ¿ Quedamos de acuerdo?

— ¡ Sea!

— ¡ Ah!

— Pero, por esperar, no perderá usted nada. ¡La enteraré de todo al día siguiente del estreno!

— ¡Ah! ¡Eso me tiene sin cuidado! Cuando la obra haya triunfado, mi mujer me perdonará, y usted también. Ó resultará que mi consejo era razonable y entonces...

— ¡Váyase al diablo! — exclamó Treillard, riendo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, reconciliados, y Parkin se marchó tranquilizado, en el fondo, por la firmeza con que el autor había resistido las exigencias del empresario.

XI

Después del segundo acto de *Malos caminos*, la noche del ensayo general, agitación extraordinaria conmovía al público que llenaba la sala de la Comedia Intima. La obra estaba en las nubes. Parkin, instalado, en el palquito del escenario, con Treillard, gritaba con voz de trueno « ¡Arriba el telón! », á fin de que los tramoyistas, pasmados y jubilosos, ante tan prolongado entusiasmo, se decidiesen á levantar, por cuarta vez, el telón. María Froment, saludando al público que la aclamaba, dirigía miradas de emoción á su camarada Melval, y le repetía por lo bajo:

— ¡Qué efecto, veterano! ¡Qué efecto! ¿Crees ya que tendremos un exitazo? ¡Aquí hay margen para doscientas representaciones!

Con la boca casi cerrada, saludando con expresión del que está abrumado por el gozo, Melval contestó:

— ¡No te precipites! Aguarda el final del tercero. Evidentemente esto se presenta bien.

El telón, cayendo al fin, libró á los artistas de su forzada actitud.